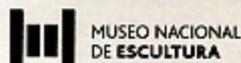


En el frente del arte

Ricardo de Orueta 1868 – 1939



AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA



Este catálogo se publica con motivo de la exposición *Esto me trae aquí. Ricardo de Orueta (1868-1939)*. En el frente del arte, presentada en el Museo Nacional de Escultura (Valladolid) entre septiembre y diciembre de 2014, en el Museo del Patrimonio Municipal de Málaga entre diciembre de 2014 y marzo de 2015, y en la Residencia de Estudiantes (Madrid) entre marzo y junio de 2015.

EXPOSICIÓN

ORGANIZAN

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte
Museo Nacional de Escultura
Ayuntamiento de Málaga. Museo del Patrimonio Municipal
Residencia de Estudiantes
Acción Cultural Española (AC/E)

COLABORAN

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)
Archivo del Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC
Biblioteca Tomás Navarro Tomás, CCHS-CSIC
Instituto de Historia, CSIC

COMISARIOS

María Bolaños Atienza
Miguel Cabañas Bravo

COMITÉ CIENTÍFICO

Isabel Argerich Fernández
Manuel Arias
Salvador Guerrero
María José Martínez Ruiz
María Morente
Consuelo Naranjo Orovio
María del Pilar Martínez Olmo
Jesús Prieto de Pedro

COORDINACIÓN (AC/E)

Montse Perero Quintas

PROYECTO MUSEOGRÁFICO Y GRÁFICA

Enrique Bordes
Eliett Cabezas

MONTAJE Y PRODUCCIÓN

Arteria Logística del Arte

GRÁFICA EXPOSITIVA

Master Rótulo, S.L.

AUDIOVISUALES

CulturArts-IVAC / Acción Cultural Española (AC/E)
Departamento de Comunicación. Museo Nacional de Escultura.

TRANSPORTE

TTI, S.A.

SEGURO

Aon

CATÁLOGO

EDITA

Acción Cultural Española (AC/E)

DIRECCIÓN CIENTÍFICA

María Bolaños Atienza
Miguel Cabañas Bravo

COORDINACIÓN EDITORIAL (AC/E)

Raquel Mesa Sobejano
Montse Perero Quintas

TEXTOS

Manuel Arias Martínez
María Bolaños Atienza
Miguel Cabañas Bravo
Salvador Guerrero López
María José Martínez Ruiz
María Morente
Isabel Pérez-Villanueva Tovar

EDICIÓN DE TEXTOS

Ana Martín Moreno

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Enrique Bordes

PREIMPRESIÓN

Víctor Garrido

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Advantia

© De esta edición: Acción Cultural Española (AC/E), 2014

© De los textos: sus autores, 2014

© De las fotografías e imágenes: sus autores y propietarios, 2014

© Pablo Linés

© Raimundo de Campos Monsalve

© José Luis Mur

ISBN: 978-84-15272-59-5

Depósito Legal: M-21796-2014

Los editores han hecho todo lo posible para identificar a los propietarios de los derechos intelectuales de las imágenes reproducidas en esta publicación. Se piden disculpas por los posibles errores u omisiones y se agradecerá cualquier información adicional de derechos no mencionados para ser incluida en posteriores reimpresiones.



1. Ricardo de Orueta en la Residencia de Estudiantes, c. 1920. Fondo Gómez-Moreno/Orueta. Archivo del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC). 2. La «peña malagueña» en 1928: Moreno Villa, Paco de Orueta, Manuel García Morente, Ricardo de Orueta y los hermanos Alberto y Gustavo Jiménez Fraud. Madrid, 1928. Residencia de Estudiantes, Madrid.



Ricardo de Orueta en la Residencia de Estudiantes

Isabel Pérez-Villanueva Tovar
Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED

No es extraño que Ricardo de Orueta fijase su domicilio madrileño en la Residencia de Estudiantes. Al instalarse en ella, hacía ya muchos años que le unía una fraternal amistad con quien iba a ser su presidente, el también malagueño Alberto Jiménez Fraud. En los años iniciales del siglo, mientras él se entregaba con entusiasmo a lecturas de historia del arte, de literatura griega y de historia europea, guió los estudios jurídicos de su joven amigo —era quince años menor que él—, que seguía entonces la carrera de Derecho como alumno no oficial en la Universidad de Granada. Fue el primer maestro de Jiménez Fraud, que se encontraba entonces desorientado por no tener una vocación definida y se sentía desilusionado ante una universidad anquilosada e irrelevante, mera dispensadora de diplomas oficiales y caracterizada por el libro de texto mediocre y el examen memorístico. Orueta resultó determinante en su formación porque supo abrirle nuevas perspectivas ajenas al estrecho mundo universitario del momento y puso a su disposición la nutrida biblioteca de su padre, Domingo de Orueta Aguirre, un «acaudalado mercader» —dice Jiménez Fraud— que fue uno de los fundadores de la Sociedad Malagueña de Ciencias Físicas y Naturales y logró resultados notables en su afición a la investigación geológica.

El presidente de la Residencia de Estudiantes recuerda a Ricardo de Orueta como un «ferviente evolucionista», que le introdujo en la obra de Darwin y Spencer. En la casa de la familia Orueta recibió también en esos años las «llamadas estéticas» procedentes de la literatura, la cultura y la música, a la vez que participaba de «la vida fácil del señorito andaluz».

Moreno Villa reclama también la influencia de Orueta en su formación —le hizo leer a Darwin y a Flammarion—. Y resultó fundamental en su decisión de trasladarse de Málaga a Madrid: «Era 18 años mayor que yo —señala—. Cuando nos conocimos en Málaga, me doblaba la edad y yo le di siempre la broma de que tenía dos veces mis años».

Los tres formaron parte de aquella reducida «peña de amigos» a la que se refiere Jiménez Fraud, aquel «grupo de jóvenes puritanos» —la expresión es de Caro Baroja—, integrado también por Gustavo Jiménez Fraud, Manuel García Morente —jienense de origen y malagueño de adopción— y Francisco de Orueta Estébanez Calderón. «Durante largas vacaciones —escribe el presidente de la Residencia de Estudiantes— se afirmó la intimidad de esta peña en la animada vida social que el fácil ambiente de Málaga les ofrecía, en frecuentes paseos y excursiones y en continuas y animadas pláticas». Juntos se esforzaron en activar la decaída vida cultural de la ciudad, que no había perdido su peculiar impronta cosmopolita pero sí buena parte de su vitalidad desde la crisis siderúrgica y la desaparición de los viñedos por la plaga

de la filoxera. De las conversaciones entre los seis amigos surgieron iniciativas como la de invitar a Unamuno en el verano de 1906, gracias al dinero recaudado en una colecta, para dar unas conferencias —que escandalizaron al muy pacato auditorio—, o unos magníficos conciertos en la Sociedad Filarmónica de Málaga, y la fundación en 1909 de *Gibralfaro*, una revista «intelectual y literaria», de acuerdo con la descripción de Moreno Villa, que duró escasamente un año. Pero todos pensaban ya entonces en abandonar Málaga y trasladarse a Madrid, en busca de nuevos horizontes.

El grupo continuó su «amistosa vida de relación» mediante la creación de una «república» malagueña en la madrileña calle de Serrano. Jiménez Fraud le había contado a Unamuno el propósito que tenían de formar en Madrid «un núcleo de malagueños que procuren llevar un máximo de vida, a ver si aquello nos sirve de idealismo y de fuerza», y le anunciaba su próxima partida, con Orueta y Moreno Villa, de paso este último camino de Friburgo. En la calle de Serrano convivieron los seis amigos: dos fotografías del conjunto, la primera tomada en Málaga en 1908 y la segunda veinte años después en Madrid, dan prueba de la fortaleza inalterable de su amistad. Se unieron también a ellos algunos otros jóvenes como Antonio de la Cruz Marín, Enrique Ramos o Américo Castro, casi todos también malagueños, y estrechos colaboradores en años posteriores de la Residencia de Estudiantes. Vivían en comunidad y con estrechez económica: «Cada uno pagaba 25 duros por cuarto y comida —explica Moreno Villa—. Era la edad heroica».

Fue Domingo de Orueta Duarte, ingeniero de minas y, como su padre, reconocido geólogo, que había sido durante varios años profesor en la Institución Libre de Enseñanza y ocuparía una vocalía de la Junta para Ampliación de Estudios, quien facilitó a Jiménez Fraud una carta de presentación para Francisco Giner de los Ríos, que había tenido ya relación con su padre, Domingo de Orueta Aguirre.

A su vez, Ricardo de Orueta tuvo siempre la protección y la ayuda de Alberto Jiménez, y muy especialmente en lo relativo a su no fácil encaje en el Centro de Estudios Históricos durante los años iniciales, como expresan con claridad algunas de las cartas que se conservan en la Residencia de Estudiantes. Así, por ejemplo, hizo una gestión en la primavera de 1913 con José Castillejo, secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, para que mediara ante Elías Tormo, con quien Orueta tenía serias dificultades en el Centro. El 21 de junio, este le agradecía a Castillejo que hubiera escrito «la admirable y diplomática carta» que le había dado a leer Jiménez Fraud, y que estaba dando «un resultado buenísimo», porque por fin se habían puesto en marcha, como él quería, los mecanismos necesarios para la búsqueda y catalogación de sepulcros: «Todo esto —escribe Orueta a Castillejo— me tiene contentísimo, porque al fin vamos a trabajar de firme, como yo deseo, y porque me confirma en mi opinión de siempre, que el señor Tormo es un hombre fino, caballero, que toma la vida un poco superficialmente, pero que, como se le logre entender y se le insinúen bien las cosas, como ha ocurrido ahora, no es jamás obstáculo para nada de provecho que se quiere hacer. Lo único que siento un poco, nada más que un poco, es que el trabajo este de los sepulcros es muy superior a mis fuerzas, y aun a las de Tormo, si lo quisiera compartir conmigo». Y concluye: «Creo que ha llegado la hora de que nuestra sección haga algo, y algo, bueno o malo, pero hecho a conciencia y estudiado con entusiasmo, porque no creo que Tormo vuelva a ser obstáculo para nada».

Un año después, la situación de Orueta en el Centro de Estudios Históricos era muy delicada. Tormo no le consideraba capacitado para los estudios de envergadura que aquel quería emprender y le ocupaba en trabajos menores. En una carta fecha-

da el 24 de mayo de 1914, el presidente de la Residencia le decía que había tenido una conversación con Castillejo sobre sus «asuntos» del Centro. El deseo que tenía Orueta de hacer un estudio sobre Berruguete chocaba con las obligaciones a las que tenía que atender: «Si hallas medio hábil para hacerlo, recabando de Tormo la independencia necesaria para viajes, etc., y al mismo tiempo no abandonas por completo los sepulcros, sometiéndote en ellos en absoluto a lo que Tormo te mande, facilitarás enormemente la solución —escribe Jiménez Fraud—. De no ser así, no te queda más remedio que hacer modestamente los encargos que te confíen y renunciar por mucho tiempo al Berruguete». Ya había tenido Orueta un problema de cierta importancia con el libro sobre Pedro de Mena que acababa de editar la Junta. De las «ligerezas» que se le reprochaban en la publicación de este trabajo se sentía responsable Jiménez Fraud, al que, por cierto, estaba dedicado el libro: «Yo tuve la duda (todos la tuvimos, incluso tú) de si estabas en justicia en el Centro u ocupando indebidamente un puesto —continúa diciendo el presidente de la Residencia—: no se sabía si tu Mena era un *buñuelo* o un trabajo honrado, y yo tenía verdadera fiebre de que saliese al público tal como lo habías escrito y bajo tu entera responsabilidad y en condiciones ventajosas de presentación para atraer la atención de la crítica. No te dejé tranquilo para que, con la autorización escrita de Tormo y la verbal de Menéndez Pidal, te apresurases a dar el trabajo a la imprenta *sin hacer más consultas dando estas por muy suficientes*». Y afirmaba no haberse arrepentido por ello al tener la seguridad de que la publicación hubiera sufrido enormemente de no hacerse de prisa, como él le había aconsejado, y porque, a su entender, Orueta había demostrado con ello su capacidad y su valía: «Ha quedado probado que ganas con creces tus 25 duros y has aumentado la producción de la Junta con un trabajo interesante, que es lo que en definitiva más importa». Y concluye con la siguiente posdata: «Castillejo cree que no eres diplomático, y yo... también, que conste. Pero de no seguir mis consejos, a estas horas tu situación personal sería igualmente difícil... *menos Mena*».

Ricardo de Orueta se instaló en la Residencia de Estudiantes a mediados de los años diez —antes de 1917, fecha de llegada de Moreno Villa, que vivió también en ella—, después de trasladarse la institución desde su primera sede en la calle de Fortuny a los nuevos pabellones de la del Pinar, en los Altos del Hipódromo, y allí permaneció hasta 1936. Representantes ambos del círculo de juventud de Jiménez Fraud y vinculados al Centro de Estudios Históricos, que pertenecía, como la propia Residencia, a la trama de organismos educativos y de investigación fundada por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, encontraron allí —lo cuenta Moreno Villa— una forma de vida confortable, con las necesidades cotidianas resueltas, en un emplazamiento privilegiado que ofrecía un marco grato para el estudio y un ambiente estimulante y rico en el terreno intelectual.

A su vez, los dos desempeñaron un papel importante en la Residencia de Estudiantes, que fue un singular organismo de educación universitaria, con una importante proyección cultural de carácter internacional, a la vez que un modelo de sociedad —y de vida— de nuevo cuño. Como recuerda Moreno Villa, Jiménez Fraud necesitaba colaboradores que le ayudasen con «su rectitud moral, su afición al trabajo y su entusiasmo por las cosas nobles», para influir «sin reglamento ni cargos determinados en el ambiente de la casa». Porque en vez de las directrices habituales y las normas disciplinarias al uso, se adoptaron allí, en su organización y en su funcionamiento, pautas flexibles, modeladas por el propio grupo, entendido como un núcleo de carácter familiar. El «espíritu de la casa», como se decía, el peculiar modo de vida que allí



3. José Moreno Villa: *El paso del tiempo*, 1930, pintura que perteneció a Ricardo de Orueta. Colección Fernando de Luis-Orueta, Madrid.

se seguía, quedaban asegurados, en primer lugar, por el estímulo del ambiente en un marco innovador, pero también por el estímulo y el mimetismo del ejemplo y por el poder regulador de la convivencia entre profesores y estudiantes de diferentes especialidades y procedencias.

La presencia de estos «espíritus mayores» —así los llama Alfonso Reyes, que menciona entre ellos a Orueta— es, por tanto, un componente destacado del proyecto universitario desenvuelto en la Residencia de Estudiantes. Ya fuesen residentes fijos, ocasionales, o simplemente visitantes asiduos, Orueta, como Moreno Villa, pero también Juan Ramón Jiménez, Unamuno y Ortega, entre otros muchos, eran «los dones». A ello se refiere Alberto Jiménez: «Buscaban nuestros colegas en don José, don Ricardo, don Antonio, don Juan, don Luis, don Paulino, don Julio, don Ángel, don Andrés, don Ramón... al sabio, al técnico, al perito, al profesor, al especialista, sí, pero añadidas estas individualidades profesionales en las individualidades morales e intelectuales, sin las cuales la personalidad profesional podrá destacar, pero se borra la persona». De forma muy atinada, Trend percibió una cierta similitud entre la función de «los dones» de la Residencia de Estudiantes y los «dons» de los *colleges* de Oxford y Cambridge.

El papel que desempeñaron lo expresa quizá mejor que nadie el residente Gabriel Celaya en algunas estrofas de la larga composición dedicada a Alberto Jiménez Fraud, en las que menciona además a Lorca, Pío del Río Horteiga —director del laboratorio de Histología Normal y Patológica instalado en la Residencia—, y al pedagogo alicantino Ángel Llorca, residente desde el otoño de 1913 hasta los últimos meses de 1936:

¡Cuántas veces allí, señorito rebelde,
intenté suficiencias, procuré dar estado
a una estúpida furia y a un afán sin objeto!
Mas era inútil. Nada gritaba yo gritando.
Nadie me levantaba paredes, ni oponía
a cuanto yo pedía coerciones o engaños.

Nadie me restringía. Nadie me atropellaba.
Todo era en torno un orden tranquilo funcionando.
Y allí Del Río Horteiga, y allí García Lorca
como locos, mas siempre fijos en su trabajo.
Miré en torno y entonces sentí la gran vergüenza
de ser un pobre diablo que hace gestos en vano.

No sé quién me ha enseñado. No sé cómo dictaba
a aquellos que llegaron solo un poco más tarde,
con baúl y raquetas, gramófono y dandysmo,
esto que nos hacía limpios y responsables.
Se bebía en el aire. Se sentía en los otros.
Era mi Residencia como un mundo más grande.

¡Más grande! Y, sin embargo, sin gestos ni aspavientos,
como aquella sonrisa buida que flotaba
en ti, Moreno Villa; como en Llorca, menudo,
humilde y laborioso, con su corbata blanca;
o en Ricardo Orueta con su amor: la belleza
visible en el atleta de la última Olimpiada.

Moreno Villa evoca de forma sugerente a Orueta, un «materialista acérrimo», un republicano «de toda la vida», de personalidad muy parecida a la de Silvestre Paradox. Y describe con viveza su cuarto residencial y la peculiaridad de su comportamiento:

Vivía estrechamente entre muebles viejos de su padre, desbarnizados y astillados, máquinas y ampliadoras de fotografías, estantes abarrotados de libros, colecciones de mecheros y plumas estilográficas, petacas de Ubrique, atriles, herramientas, cubetas para revelar y alambres cruzados en todas direcciones para llevar por las noches el foco eléctrico adonde le conviniera.

Metido en aquel cubil, se entregaba a las tareas más peregrinas: limar mangos de cepillos de dientes para hacer plegaderas o cuchillitos de papel; vaciar camafeos para hacer unos sellos de barro con que mataba el lacre de las cartas; inventar ratoneras que verdaderamente cogían ratones, que soltaba todas las mañanas; rociar de pan o de semillas el suelo para que los gorriones entrasen cuando él estaba todavía en la cama.

Y Juan Ramón Jiménez, que, como escribió a Emilio Prados, sentía la presencia de Málaga en la madrileña Residencia de Estudiantes gracias a los malagueños residentes —y entre ellos no olvidó citar a Ricardo de Orueta, con quien coincidió allí—, contó con él para *La Revista Española*, un proyecto editorial que no llegó a realizarse. Y le dedicó un magnífico retrato en *Españoles de tres mundos*:

De pronto, le dan sus ojos verdes una vuelta, y ya no ve. Se diría que, sujestionado por su ceguera crepuscular perene, nace el día y muere ante él a cada instante. Su día largo e igual lo lleva dentro y es un día de otros tiempos que él ha detenido, como Josué al sol, pero sin permiso para seguir rodando; día de permanentes ruinas bellas.

El consejo bostoniense: «Haz solo una cosa y esta bien», le cuadra como cartela a fósil. Su resto es ademanes sin lucha y aparatosas reverencias finas, molino de viento al sur. Pertenece al grupo de hombres que Confucio llamaba de «las maneras cortesas», única relación suya con el mundo externo. Su misma tos es afectuosa, y cuando habla del mismo y único semihombre que le odia, por gusto y por necesidad, ya que no se inclina, tose y tose; y, evitándolo en su recuerdo interior, olvida un punto su doncel de Sigüenza, por no profanarlo, y mira lo que le rodea como una máquina fotográfica de diafragma voluble.

Pero, de pronto, le dan los ojos grises una vuelta, y ya no ve.

Orueta resultaba una figura familiar en la vida cotidiana de la Residencia de Estudiantes, en muchas de cuyas actividades estuvo presente. Junto a otros miembros de la «peña» malagueña como Morente, que visitaba diariamente el centro, formó parte, por ejemplo, de la tertulia que se reunía los domingos por la mañana en torno a Ortega, Cabrera o el duque de Alba. Y diversas fotografías lo muestran entre los asistentes a ciertas actividades deportivas como el concurso atlético celebrado en la Residencia en marzo de 1925, donde aparece sentado junto a María de Maeztu, directora del grupo residencial femenino —la Residencia de Señoritas—. Asimismo figura en una fotografía de 1926 entre los congregados junto al segundo pabellón, lugar habitual de tertulias veraniegas por las corrientes de aire del «Callejón del Viento» y su fresca vegetación de yedras y vincas, conocido como «la playa» de la Residencia.

Onieva lo sitúa, junto a Ricardo Baeza, Moreno Villa y Pedro Salinas, entre los espectadores en la presentación del orfeón formado por residentes que cantó canciones

populares, entre ellas algunas catalanas sugeridas por Eugenio d'Ors y el *Gernikako arbola*. También asistía a reuniones más informales, que tenían lugar en el salón en torno al piano los domingos por la tarde y podían prolongarse, tras la interrupción de la merienda, hasta la hora de la cena. Muchas veces había invitados como Gerardo Diego, Rodolfo Halffter, Lorca o Alberti: «Algunas tardes —escribe Bal y Gay— pasábamos de la música culta a la popular, y en una ocasión descendimos hasta el cuplé, con gran sorpresa y satisfacción de don Ricardo de Orueta, buen conocedor del género».

Desempeñó un papel relevante en algunas iniciativas que buscaban establecer o reforzar los lazos comunitarios entre los estudiantes de la Residencia. Fruto de los «fuertes vínculos de la vida corporativa» que, como dicen las *Memorias* de la Junta, caracterizaron «el espíritu y la tradición» de la Residencia de Estudiantes, los antiguos residentes no tardaron en agruparse en una asociación. Lo hicieron siguiendo el modelo de las universidades anglosajonas y de la propia Institución Libre de Enseñanza, cuya Corporación de Antiguos Alumnos presidió durante largo tiempo el marqués de Palomares de Duero, miembro del comité directivo de la Residencia de Estudiantes. Orueta fue nombrado presidente de la Asociación de Antiguos Residentes, desde su constitución a finales de mayo de 1926, en una reunión a la que asistieron cerca de cuarenta personas, aprovechando el paso por Madrid del médico Miguel Prados y del ingeniero José Entrecanales.

En este mismo orden de cosas, entre los trofeos que se disputaban en los concursos atléticos de la Residencia, junto a la Copa de los Residentes Leoneses, destinada al pabellón cuyos miembros sumasen el mayor número de puntos, y la Copa Córdoba, para el mejor clasificado individualmente, había una Copa Orueta, concedida al pabellón victorioso en dos años consecutivos o tres alternos. La vinculación de estos trofeos a grupos determinados de residentes resulta indicativa del sesgo comunitario que el deporte estimulaba en el centro residencial. No en vano se señala en la reseña dedicada en la revista *Residencia* a uno de estos concursos que, además de facilitar el conocimiento de los nuevos con los viejos residentes, se afirmaban en ellos, mediante el ejercicio del deporte, «los lazos corporativos de la Residencia».

Pero la vinculación de Orueta al centro residencial tuvo especial relieve, como es lógico, en las actividades más directamente relacionadas con sus gustos, sus conocimientos y su dedicación. «A tal ingeniero los entusiasmos de don Ricardo por la escultura griega le revelaron el sentido de nuestra deuda con la cultura helénica», escribe, por ejemplo, Alberto Jiménez. Y fue él quien familiarizó a los residentes con el *Doncel* de Sigüenza, cuyas reproducciones abundaban en los cuartos de los estudiantes. Fue también él quien difundió la imagen del efebo o atleta rubio, una cabeza perteneciente a una escultura ateniense del primer cuarto del siglo v a. C., que conserva restos ocres en los cabellos dispuestos en *krobylos* —el «tocado heroico» de Maratón y de Platea—, descubierta en 1887 y conservada en el Museo de la Acrópolis. Dibujada esquemáticamente por Fernando Marco, se adoptó como sello de las publicaciones y distintivo de los equipos de los residentes en diversas actividades deportivas —los concursos atléticos y los equipos de fútbol y hockey—, aunque no tardó en convertirse en el emblema de la propia Residencia de Estudiantes.

La institución residencial organizó para los estudiantes que vivían en sus edificios un muy nutrido conjunto de cursos, conferencias y veladas literarias o musicales. En muchos casos, el alcance restringido de estos actos, que las *Memorias* consideraban de carácter interno, quedaba matizado por la presencia de invitados inscritos en

el núcleo de colaboradores más próximos, pudiéndose hablar entonces, siguiendo a Alfonso Reyes, de «lecturas semiprivadas». Estas actividades formaban parte, en un sentido amplio, de la labor de tutoría y orientación emprendida por la Residencia, ya que su intención principal era introducir a los residentes en muy variados campos del conocimiento, actualizando e intensificando en algunos casos un aprendizaje ya iniciado con anterioridad. En ocasiones, giraban en torno a un solo tema a lo largo de diversas sesiones. Otras veces, las conferencias y cursillos de noche para los residentes tuvieron un carácter más plural, pero siempre con la intención, expresada por sus responsables, de «sembrar ideas y ensanchar horizontes». Frente a una especialización excesiva, el proyecto cultural de la Residencia quería ofrecer un «fermento de cultura general», acorde con «la gran tradición liberal», suavizando las fronteras entre saberes y rompiendo la tradicional división entre ciencias y letras. En el programa de conferencias y «cursillos de noche» para los residentes del bienio 1925-1926 intervinieron, por ejemplo, Eduardo Hernández-Pacheco y Fernando de los Ríos, mientras que Orueta habló de la escultura de Pedro de Mena y Gómez-Moreno de la arquitectura española. Como era habitual en la Residencia, se solía convocar a profesores o especialistas reconocidos, aunque no se descartaban invitados menos habituales ni planteamientos menos explotados: Isabel Oyarzábal, que publicó en 1926 un libro sobre *El traje regional de España*, intervino en ese periodo para exponer su visión del arte popular español.

La historia del arte fue, desde luego, abordada en diversas ocasiones. Se prestó especial atención a sus tendencias y realizaciones en España, siguiendo también en este aspecto las meditadas líneas de actuación de la Institución Libre de Enseñanza, proyectadas en la Junta y sus fundaciones. La apertura al exterior de la Residencia se planteó con un marcado carácter de intercambio internacional: penetración aquí de corrientes extranjeras y difusión de la cultura española en el exterior. En estas coordenadas intelectuales, es el propio entendimiento nacional de la realidad española el que reclama obligatoriamente la activa convivencia de España con los restantes organismos nacionales que conjuntamente componen la unidad supranacional de la humanidad, un horizonte de plenitud para Krause y sus seguidores institucionistas. Y para contribuir de la forma más responsable y valiosa a ese intercambio y a esa convivencia internacionales, así como para mejorar y fortalecer la conciencia de la propia personalidad, es preciso lograr, desde este punto de vista, un riguroso conocimiento de las claves constitutivas de la entidad nacional. Diversos organismos de la Junta para Ampliación de Estudios, como el Centro de Estudios Históricos, se aplicaron, con muy distintos puntos de vista, a su investigación. La Residencia, a través de su cátedra abierta al público, procuró divulgar los resultados obtenidos y mantener al tiempo cauces de contacto y de difusión con corrientes internacionales.

Como parte integrante de la «educación estética» de los residentes que menciona Jiménez Fraud, y también, de forma más general, para la de una audiencia más amplia, las conferencias de historia del arte —complementarias de otras actividades, como las excursiones y visitas a museos— formaron también parte de las actividades abiertas al público que se celebraron en la Residencia, tanto las organizadas por el propio centro como por la Sociedad de Cursos y Conferencias y el Comité Hispano-Inglés, dos asociaciones surgidas en el entorno del grupo universitario de la Residencia de Estudiantes que facilitaron su acción cultural. Se abarcaron en ellas desde las expresiones artísticas más primitivas hasta las tendencias más recientes, más actuales, de orden experimental o vanguardista. Intervinieron también eminentes pro-



4. Residentes y tutores en el Pabellón Trasatlántico de la Residencia de Estudiantes en marzo de 1925. Entre otros aparecen Ricardo de Orueta (sentado, tercero por la izquierda), Federico García Lorca, Salvador Dalí y Luis Buñuel. Fondo Gómez-Moreno/Orueta. Archivo del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC).



5. *Efebo rubio*. Dibujo de Fernando Marco para logotipo de la Residencia de Estudiantes, que fuera sugerido por Orueta, c. 1915. Residencia de Estudiantes, Madrid.

fesores vinculados al Centro de Estudios Históricos, como Elías Tormo, y figuras tan singulares como Serapio Huici. Ricardo de Orueta ocupó la cátedra de la Residencia en sesiones organizadas por el propio centro en 1916, 1921, 1924 y 1926. Habló de temas como el *Doncel* de Sigüenza, la piedad en la escultura española o los orígenes de la escultura románica.

Pero la responsabilidad más concreta y sostenida en el tiempo que asumió, hasta su primer nombramiento como director general de Bellas Artes, fue la dirección de las excursiones, una de las prácticas, junto a la deportiva, más novedosas del centro, y que refleja ejemplarmente la influencia de la Institución Libre de Enseñanza. Las ciudades de los alrededores de Madrid con patrimonio histórico fueron los lugares elegidos para estas «excursiones artísticas», de un día de duración, realizadas en fechas no lectivas: El Escorial, Alcalá de Henares, Guadalajara, Segovia y Toledo, por ejemplo. En ocasiones, se realizaron también viajes de varios días. En 1919, aprovechando las vacaciones de Semana Santa, y también bajo la dirección de Orueta, se siguió un itinerario que pasaba por Medina del Campo, Toro, Zamora, Salamanca y Ciudad Rodrigo. Se prefirió a veces visitar León, Ávila y Mérida. Otros miembros del Centro de Estudios Históricos, como Miguel Asín Palacios, Américo Castro o Manuel Gómez-Moreno, dirigieron asimismo excursiones de este tipo en la Residencia de Estudiantes.

También participó Orueta en las excursiones de los cursos de vacaciones para extranjeros que el Centro de Estudios Históricos organizó en la Residencia de Estudiantes. Queda constancia, por ejemplo, de una excursión a Toledo en 1925 dirigida por Orueta y Juan de la Mata Carriazo.

Algunas de las fotografías incluidas en la revista de la institución, *Residencia*, y en particular las de su sección denominada «Por tierras de España», fueron hechas por Ricardo de Orueta. Muestran que en las excursiones se tenían en cuenta tanto los aspectos artísticos monumentales como los populares, junto a consideraciones de orden geográfico, etnográfico y antropológico. *Residencia* publicó también cuatro fotografías de Cajal sentado en un banco del jardín del centro, firmadas por Orueta, como ilustración de un artículo del doctor Tello.

Aunque fueron muy escasas en la revista las noticias sobre la actualidad fuera de la Residencia, se hace referencia al ingreso de Ricardo de Orueta en la Academia de San Fernando en octubre de 1924 y a su nombramiento como director general de Bellas Artes, tras la proclamación de la República.

Residencia publicó además un largo estudio de Sánchez Cantón sobre el Museo Nacional de Escultura de Valladolid que explica la consolidación y adaptación del Colegio de San Gregorio y la instalación de las piezas, trasladadas desde Santa Cruz, para su exposición. Resalta especialmente la labor de Orueta, que, «haciendo honor a las devociones que le inspiraron sus libros», quiso dejar, como recuerdo de su paso por la Dirección General de Bellas Artes, «alojado en museo propio al objeto de sus amores y de sus afanes». Entre las numerosas ilustraciones, se incluye una del Patronato del Museo en la que figura Orueta.

Leopoldo Torres Balbás, en otro artículo de la revista, cuenta cómo Orueta, entonces director general de Bellas Artes, respaldó el entusiasmo de Sánchez Cantón, Antonio Palacios, Juan Temboury y González Edo por recuperar la Alcazaba de Málaga, y le encargó, en el verano de 1933, la redacción de un plan de trabajo que permitió iniciar las obras poco después. Pese a contar con recursos no muy abundantes, se lograron resultados interesantes en la entrada de la fortaleza y el lugar del último re-

cinto, conocido tradicionalmente como «Cuartos de Granada», donde se encontraba la llamada «Mezquita».

No era infrecuente que la Residencia de Estudiantes mantuviera relaciones con grupos familiares, y no solo con quienes eran residentes. Así ocurrió en el caso del apellido Orueta. Entre los integrantes de la Sociedad de Cursos y Conferencias se encuentran Francisco de Orueta Estébanez Calderón —perteneciente también a la «peña» malagueña—, su mujer, Marta Wallwork, y su hija, Marta de Orueta Wallwork.

Ricardo de Orueta, pero también su hermano Domingo y Francisco de Orueta Estébanez Calderón, figuran entre los componentes de la Sociedad de Becas, fundada en 1919 por los miembros de la Residencia y su entorno más cercano para recaudar fondos y financiar la ampliación de estudios de un residente en el extranjero. A partir de 1922 y hasta su interrupción en 1926 —la Sociedad estuvo inactiva después de esa fecha hasta el curso 1932-1933—, la necesidad de atender a exigencias más perentorias hizo que los fondos se destinaran a sostener la estancia de un estudiante en la propia sede de los Altos del Hipódromo.

Y, en fin, el recuerdo de la familia Orueta en la Residencia de Estudiantes quedó asegurado por la cesión en depósito que hizo, en 1917, Domingo de Orueta de la biblioteca de su padre. Compuesta por unos dos mil volúmenes, había en ella —dicen las *Memorias* de la Junta— «libros y colecciones de gran valor».



6. Ricardo de Orueta en la Residencia de Estudiantes, entre 1917-1930. Fondo Gómez-Moreno/Orueta. Archivo del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC).